



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibuerne, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Azensio (D. Pedro), Campaamor, Camus, Canalejas, Cabeto, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chesté (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Azensio (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevaray, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Ferrín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suárez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzbusch, Irujo, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, López Guíjarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mané y Flaquer, Merce, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Oñazaga, Palacio, Pasaron y Lustray, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poej, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Monzó, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Santomé, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-
 cillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Noviembre de 1880.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este
 medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redacción y Administración, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Aniversario de Mentana, por D. Emilio Castelar.—España y sus colonias, por
 don Manuel Becerra.—La Bolsa: el alza, la baja y la liquidación, por D. J.
 M. Alonso de Beraza.—D. Diego Saavedra Fajardo, por D. Fernando Corradi.
 —Influencia moral de la Francia, por D. Eusebio Asquerino.—De la novela
 contemporánea en España, por D. Antonio M. Dumovich.—Notas y apuntes
 de un viaje por el Pirineo y la Turena, por D. Antonio María Fabié.—Las
 Compañías de ferro-carril ante la opinión pública, por D. P. Calvo y Martín.—
 Prólogo a una novela, por D. Francisco Cañamaque.—La esclavitud de los
 negros, por D. Justo Zaragoza.—Retuerta, relato vulgar-trascendental, (con-
 clusion), por D. Manuel Fernández y González.—Crónica, por D. Miguel Mo-
 ya.—Anuncios.

ANIVERSARIO DE MENTANA.

El Sr. Castelar, invitado por la comisión que debe presidir en Milan las fiestas consagradas á celebrar la erección de un monumento á las víctimas de Mentana, ha declinado tan singular honra dirigiendo á sus amigos la siguiente notabilísima carta:

«MADRID 30 DE OCTUBRE DE 1880.

Amigos míos: Mucho me honra el comité y me satisface el recuerdo, llegados en palabras de elogio, las cuales obliganme tanto más, cuanto que las creo nacidas de vuestro afecto, y no granjeadas por mis merecimientos. Holgárame de visitar la gran ciudad que tanto admiro, de ver á correligionarios que tanto quiero, y de contribuir en lo posible al esplendor de esa conmemoración que celebra el sacrificio consumado por unos pocos en aras de la libertad y del derecho de todos. Holgárame aún más, sabiendo que debía encontrar ahí al héroe de la libertad italiana, cuya vida tiene ya todos los esmaltes de la poesía y cuya historia todos los arbores de la leyenda, por haber cumplido en quince años los ideales que los primeros hijos de Italia se transmitieron unos á otros durante quince siglos, como herencia de esperanzas frustradas, las cuales provocaron larga serie de cruentos y malogrados martirios. Su presencia, vuestro convite, la reunión de tantos amigos ilustres, me tentáran ciertamente á ir, de no retenerme deberes de la vida pública y de la vida privada, trabajos innumerables, compromisos con mi partido como demócrata y con mi público como escritor, causas mil, cuyos pormenores de ningún modo caben en los límites de una carta, pero cuya

virtud comprendereis con sólo deteneros á reflexionar sobre lo vivo y cariñoso de vuestra invitación y lo triste para mí de la forzosa é inevitable ausencia.

La obra de la libertad y de la unidad de Italia es la obra capital de nuestro siglo. Vuestra resurrección trajo consigo la resurrección también de Hungría; y resonando luego en el lejano Oriente, convirtió regiones que parecían ergástulas de miserables siervos en nacionalidades de hombres libres. Italia, independiente en el centro de Europa, impide la reacción, porque conserva el fuego de la vida y el calor de la libertad en todo el continente, como que es su corazón. Cuantos vimos en nuestra primera juventud Milan y Venecia en sus calabozos; Parma, Toscana y Módena, escupidas por los déspotas y afrentadas con guarniciones extranjeras; el Piemonte sitiado por graves amenazas; las dos Sicilias bajo el absolutismo y la Ciudad Eterna bajo la teocracia, no podemos creer en la edad madura, no á nuestros propios ojos, y nos parece la feliz realidad de hoy, por la cual hemos suspirado tanto, ilusión del deseo y engaño de la esperanza. Así creemos que os toca en este período á cuantos habeis combatido con heroísmo por tan magna obra, conservarla con porfías de sensatez y de prudencia, bien propias de una raza cuyo génio brilla igualmente por sus divinas inspiraciones en el arte y por su consumada habilidad en la política.

Conmemorais la ruina del poder temporal de los Papas, y todos los ánimos liberales se asociarán de cerca ó de lejos, con sus votos expresos ó tácitos á esa conmemoración. La clave de las reacciones se rompió el día en que la ciudad de los legisladores y de los tribunos pudo elevarse á corona de la nueva Italia emancipada y libre. Borróse para siempre, con tal motivo, aquel antiguo pacto de Carlo Magno, sobre el cual pusieron sus cimientos en el trascurso de once siglos, así el mundo feudal como la monarquía absolutista. La máxima de la separación de lo temporal y de lo espiritual pasó, en semejante coyuntura, de verdad cristiana contenida en el Evangelio, á verdad social realizada por las instituciones y por las leyes. En ese día triunfó realmente la libertad religiosa, porque desasida la Iglesia de su gobierno temporal, exenta de fuerza coercitiva, sin su cetro de hierro, sin su imperio de barro, pudo elevarse como un gran poder moral sobre el espíritu de los fieles y recluírse en los inmensos espacios propios de su jurisdicción y de su autoridad, en los cielos de la conciencia. No olvideis, pues, al conmemorar una rota precursora de espléndida victoria, la oportuna y trascenden-

tal advertencia que os dan todos los sucesos de aquel tiempo; no olvideis que, si llegásteis á emancipar por completo el Estado de la Iglesia, fué á condición de emancipar también la Iglesia del Estado: que nada cuadra ménos á quienes han luchado tan noblemente, que convertirse de perseguidos en perseguidores. Afortunadamente Italia sabe vencer y no abusar de su victoria; y la fiesta que celebráis como fiesta de libertad, tiende á reconciliar todos los ánimos en el seno de la patria independiente y á consagrar los derechos de la conciencia como homenaje debido á la inmortal humanidad.

Es vuestro de todo corazón,

EMILIO CASTELAR.»

ESPAÑA Y SUS COLONIAS

ARTÍCULO IX.

Al reincorporar España á sus dominios el Paragúay, como ya hemos indicado, los pobres indios tuvieron que sufrir bastante con el nuevo cambio; y á pesar de que los jesuitas hicieron intervenir en los grados inferiores de la administración de justicia á los indios, estos no habían aprendido poco ni mucho á gobernarse. Acostumbrados solo á obedecer, cuando faltó la rígida y vigilante disciplina de los padres, se hallaron como una colección de niños á quienes se deja abandonados en medio de un desierto. Para mayor dificultad tenían el inconveniente de no entender á los españoles, ni estos á ellos, pues la Compañía no les había enseñado del castellano más que las palabras estrictamente necesarias que, mezcladas con su dialecto, fueran las suficientes para entender las órdenes que recibían. Este ejemplo no solo le siguieron los padres en otros puntos, sino que todas las comunidades religiosas lo continuaron tan al pie de la letra en Filipinas, que hoy mismo, después de más de tres siglos de dominación, la inmensa mayoría de los indios no sabe castellano. Si los monges han tomado bien la lección, no así España, que, á diferencia de lo que sucede en Holanda donde se ha constituido una carrera de empleados de las colonias, en la cual se estudia, además de principios de ciencia y de administración, los diferentes dialectos, religiones, historia y costumbres de los pueblos que forman aquellas, los empleados españoles en Filipinas no conocen bien ni mal ninguno de los dialectos que allí se hablan, y no faltáramos á la verdad si añadiésemos que, en muchos casos, tampoco tienen un perfecto conocimiento del

concepción moral ó filosófica, cuyo resultado es una intencionada, profunda y trascendental enseñanza. No es maravilla, por tanto, que aun los que más confianza tenían en las relevantes cualidades de Alarcon desconfiaron de la empresa y temieran un fracaso, que era en realidad muy probable, por no decir seguro.

Nada de esto ha sucedido por fortuna. El talento de Alarcon ha vencido, ó al menos orillado, la mayor parte de las dificultades que le ofrecía su atrevida empresa, y á vuelta de algunas caídas (ménos numerosas y graves de lo que era lícito esperar), ha logrado dar cima á sus intentos, acreditando que para el talento no hay imposibles, y ofreciendo al público una novela (*El Escándalo*), que, sin ser perfecta en su género, es, sin embargo, un feliz ensayo de él, y es á la vez una de las novelas más notables y una de las obras más bellamente escritas que registra nuestra historia nacional en el presente siglo (1).

Alarcon daba *El Escándalo* á la estampa, y el espíritu público, entonces como ahora, muy atento al orden de ideas que esa obra inspira, apoderóse de ella con avidez, y se leyó y se comentó por todos. Fué un acontecimiento en la literatura. Pero dentro del problema religioso moral, ¿qué representaba *El Escándalo*? La solución del pasado, y con fórmula bien concreta y conocida: el jesuitismo (2).

Más de tres años há que Alarcon agitaba en su mente un atrevido proyecto: escribir una novela que asimilase lo mejor de sus dos últimas; que estuviese vivificada por el espíritu de la una, y vestida con las galas de la otra; en una palabra, que reuniese el fondo de *El Escándalo* y la forma de *El Sombrero de tres picos*. La cuidada y laboriosa gestación intelectual ha dado su fruto, é hijo de ese consorcio literario ha nacido *El niño de la bola* (3), libro tan desigual, tan extraño, que nos ofrece junto á la sublimidad, el absurdo; junto al arte más esquisito, la impericia más absoluta.

Alarcon tenía asunto para una narración breve y animada, como la del *Sombrero de tres picos*, y por estirar la materia hace que rompa por lo más delgado; y el interés, si no zozobra, por lo ménos corre borrasca.

Sería hipócrita pedanton el que negase que, á pesar de inverosimilitudes y violentos recursos, la acción de *El niño de la bola* interesa y á veces conmueve.

Si estedon de conmoer, é interesar, tan necesario al novelista, lo posee Alarcon, como prueban todas sus novelas, ¿por qué no aprovecha mejor esta ventaja meditando más despacio sus invenciones, y sobre todo despojándolas de esa trascendencia pseudo filosófica que compromete hasta la seriedad de su pensamiento?

Si *El niño de la bola*, tal como está, es una obra muy imperfecta lo sería mucho ménos arrancándole todos esos adornos de simbolismos didácticos sumamente ridículos (4).

La última novela de Alarcon, digna de él por las bellezas de su forma, y aun por la indudable grandeza que la concepción entraña, pero que no ha podido mantenerse al ser ésta desarrollada, abunda en errores de tanta monta que no le permite la comparación con otras admirables producciones de tan distinguido novelista. El mismo *Escándalo*, tan discutido y censurado, es superior, en opinión nuestra, á *El niño de la bola*, cuya obra encierra evidentemente una tesis parecida á la de la anterior, y esta tesis no es otra que la afirmación de que no puede haber moralidad verdadera sin creencias religiosas, y de que las pasiones avasallan al hombre y le arrastran al abismo, si no le aparta de ellas la fé en la existencia de Dios y en la espiritualidad é inmortalidad del alma humana (5).

No cabe duda que son las obras de Fernan Caballero de una persona instruida con el estudio de los libros, de la experiencia y de la meditación. Están escritas despacio, es decir, quizá al vuelo de la pluma, pero solamente despues de haber pensado largo rato. No tienen señales de ser fruto de la improvisación ó de los esfuerzos de una fantasía exaltada. Sus huellas se conoce que son de un autor de imaginación, corazón y entendimiento desarrollados y completos. Nótese cómo imagina y cómo piata. Sus invenciones, en general, tienen todas las partes que necesitan para ser personas de carne y hueso; y sus colores toda la expresión y variedades para darles vida é interés. Se mueven y los vemos mover; hablar y los oímos hablar: diríase á veces que son copia de la naturaleza, y que el artista no ha hecho más que tomarlas del mundo y ponerlas en sus obras. Pero es un error en el cual ha caído Fernan mismo. La naturaleza no es tan verdadera. Sus creaciones humanas no tienen limpidez ni densidad bastante para que el poeta, al recogerlas, pueda impunemente pasarse de refundirlas en su imaginación y darlas al mundo sin aquellos toques que las engrandecen ó embellecen. Creo, sí, que Clemencia, que D. Roque, que Lágrimas, la Gaviota, Constanza y tantas

otras figuras han existido real y verdaderamente; pero todas las negaciones del autor no podrán persuadirme que despues de haberlas visto, y notado detenidamente todas las líneas de su fisonomía, su imaginación no se haya ocupado en ellas, desarrollando y ampliando aquellos perfiles generales, ni su entendimiento haya completado ese trabajo dándole concordancia, redondeando, por decirlo así, cada figura (1).

Para comprender bien á Fernan Caballero, es preciso tener presente, en primer término, que sus obras no son la expresión pura y sencilla de una fantasía que gusta de presentar al público la turba de imágenes que en ella flotan; sino más bien la labor viva y apasionada de un pensamiento batallador. La novela es para él un arma con que asalta las conciencias y las somete á su imperio (2).

El rasgo supremo y característico de las novelas de Fernan Caballero, es la grande, la completa espontaneidad que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, á mi juicio, que sea efecto de imitación: nada procede y nace de la profesión literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidentemente, ya de su instinto creador, ya de una observación fiel y esmerada de personas y cosas vivas y reales. Yo no sé si Fernan Caballero había leído ó no había leído muchas novelas ántes de escribir las suyas; pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior inspira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del natural, del más puro y sencillo natural; y que al trasladarlos al papel, dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y sólo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte: la exactitud, la verdad en el fondo del retrato; la idealidad en la expresión de la propia figura retratada (3).

Empeñado Fernan Caballero en demostrarnos las excelencias de una época, de una religión y de un sistema político determinados, se vé obligado á desfigurar las cosas ó á dejarlas ver de ellas sino una faz que no es la más noble. Le falta aquella imparcialidad tan amable que la había de hacer simpática á todos. Así es que no ahonda, anda á saltos, no se detiene en ninguna cosa, ó se pára en las que habría sólo de tocar ó mostrarnos entre sombras (4).

Muerta Fernan Caballero, si no quedó quien la heredase en la posesión del alma de las gentes sencillas y del pueblo, vino á sustituirla una pléyade, escasa pero lucida, de novelistas que con brío y talento se consagran á la empresa de la novela nacional (5).

En otro país hubiera sido Fernandez y Gonzalez un gran escritor; aquí ha contribuido en gran manera á la decadencia de las letras, no sin dejar empero producciones dignas de su génio y merecedoras de fama. Pudo ser nuestro Walter Scott, y ha sido nuestro Ponson du Terrail.

Si á su enorme dosis de imaginación é inventiva hubiera agregado, merced al estudio, igual cantidad de reflexión, corrección y buen gusto, Fernandez y Gonzalez sería el mejor de nuestros novelistas. Nadie le aventaja en invención ni en habilidad para dar interés y movimiento á sus ficciones; pero es inútil buscar en ellas aquel detenido estudio y acabada pintura de los caracteres, de las épocas y de los lugares, aquella verosimilitud y naturalidad, aquella intención moral y aquella discreción y buen gusto que reclama la novela contemporánea.

Emulo de Alejandro Dumas, no vé en la novela otra cosa que la acción, y á ésta lo sacrifica todo. Aglomerar aventuras, buscar efectos, causar sorpresas, hacer desfilir ante el lector sucesos y personajes á cual más extraordinarios, en suma, reproducir bajo formas modernas el libro de caballería; tal es su objetivo, y tal también el de la funesta escuela que ha fundado entre nosotros (6).

Quede sentado que Fernandez y Gonzalez manifestó en otro tiempo, muy lejano por desgracia, disposiciones felicísimas para la novela histórica. Pero no hay que atribuirle tampoco con afán hiperbólico aptitudes que no ha tenido jamás. Si las mostró, nada comunes para el cultivo de este género, nunca dió la más leve señal de poseerlas para la novela de costumbres, social, realista ó como quiera denominarse.

«El condestable D. Alvaro de Luna,» «Men Rodríguez de Sanabria,» «El cocinero de su Magestad,» y «Los Monjes,» son novelas históricas en que á más de observarse con algún cuidado los requisitos del género, revela el autor cualidades excepcionales para brillar en él (7).

(1) Luis Carreras: *Fernan Caballero. Sus obras y las novelas de costumbres*, art. que vió la luz en el tomo IV de la *Revista Hispano-Americana*.

(2) Palacio: *Los nov. esp.*—Fernan Caballero.

(3) Pacheco: *Prólogo* etc.

(4) Carreras: *Op. cit.*

(5) E. Pardo: *Est. y menc.*

(6) Revilla: *Bocet. lit.*—D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

(7) A. Palacio: *Obra citada*.

Prescindimos, por hoy, de ocuparnos en el examen de las obras de los Villoslada, Escosura, Hurtado, Ochoa, Castro y Serrano, Selgas, Escrich etc. etc., por no considerar á tan populares escritores como astros, por decirlo así, de primera magnitud en el cielo de la novela española contemporánea.

ANTONIO M. DUMOVICH.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

EL CASTILLO DE BLOIS.

Lo más notable de Blois, es su castillo, que nosotros llamaríamos Alcázar, y que por su posición y su grandeza, si no por su estilo, recuerda el de Toledo; como éste, domina toda la ciudad, aunque forma parte de ella. Lo mismo que otros edificios civiles ó religiosos de gran importancia, el castillo de Blois no fué construido de una vez y con arreglo á un solo plan, sino que sus diferentes partes corresponden á diversas épocas y géneros de arquitectura. Aun representa el del siglo XIII la columnata del salón de Cortés (sala de los Estados); en el XV se construyó la galería de los duques de Orleans; la fachada oriental fué hecha en el reinado de Luis XII, y está inmediata á la delicada obra del renacimiento italiano del tiempo de Francisco I. La fachada del Norte está formada por elegantes galerías sobrepuestas, dividiendo los huecos, pilastras llenas de arabescos, viéndose á trechos balcones circulares con repisas profusamente adornadas; la que mira al gran pátio ó plaza es algo pesada; pero en ella está la magnífica escalera, que es una de las más bellas del renacimiento: Gaston de Orleans, desterrado en Blois, mandó construir el cuarto cuerpo del edificio conforme á los planos y dibujos del célebre arquitecto Francisco Mansard; el duque de Orleans pensaba haber reconstruido todo el castillo conforme al plan y gusto de esta parte, pero murió antes de llevarlo á cabo, y á esto se debe que aun se conserve en el estado en que se halla, pues aunque estuvo largo tiempo abandonado, le salvó de la ruina conservando todas sus bellezas en estos últimos años el entendido arquitecto M. Duban, á quien el Gobierno facilitó ámpliamente los recursos necesarios para esta obra.

Como ya hemos dicho, la historia de este alcázar es muy interesante: los eruditos del país creen que está construido en el mismo sitio que ocupó un antiguo *Castrum* romano, y su posición da verosimilitud á esta conjetura.

Los tiempos gloriosos del castillo, donde se retiró Valentina de Milán, despues del asesinato de su marido, ocurrido en 1407, empiezan con la vuelta de Carlos de Orleans, en 1440, despues de su larga prision; y como era un príncipe amigo de las letras y de las artes, y las últimas victorias sobre los ingleses habían hecho renacer la seguridad interior de Francia, al ampliar las habitaciones del castillo cuidó más de la belleza artística que de sus condiciones militares, que eran antes las que en él dominaban.

En 1462 nació, el 27 de Junio en este castillo el príncipe Luis de Orleans, que llegó á ocupar el trono de Francia, y á quien, como antes he dicho, dieron sus súbditos el nombre de Padre del pueblo, y residiendo en él supo la noticia de la muerte de Carlos VIII, ocurrida el 7 de Abril de 1498; allí recibió á los enviados del Parlamento de París y de las demás ciudades del reino, así como á los magnates que le hicieron pleito homenaje, y con esta ocasión dijo al duque de Tremoille la célebre frase: «No le toca al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orleans», digna de la magnanimidad de tan gran príncipe.

El amor que de ordinario setiene al pueblo natal, fué causa de que Luis XII hiciera frecuentes y largas residencias en Blois, y de que, como he indicado, agrandara con nuevas y vastas construcciones su alcázar. En él recibió, el 7 de Diciembre de 1501, á Don Felipe el Hermoso y á su esposa doña Juana, que ya llevaban en su compañía á su hijo primogénito D. Carlos, que entonces se pensó en casar con la princesa Claudia, lo que no tuvo efecto por las vicisitudes de la política.

Un escritor de la época refiere la solemne recepción de estos príncipes en los siguientes términos: «A la entrada de la sala el archiduque se quitó la gorra: M. de Brienne dijo al Rey: «Señor, el archiduque» y el rey sonriéndose contestó: «es un príncipe hermoso». El archiduque hizo tres reverencias antes de llegar al rey, quien al entrar aquí en la sala se dirigió hácia él muy despacio; á la segunda reverencia se adelantó quitándose la gorra, á la tercera lo abrazó, hablaron algunas palabras en voz baja, y el rey se cubrió, pero como no lo hiciese el archiduque el rey insistió en que se cubriese; pero el archiduque dijo que era su deber estar descubierta y continuaron hablando.

No puede ménos de hacerse notar que esta ocasión fué la primera en que estuvieron juntos Francisco I y Carlos V, los cuales, cuando ocuparon más adelante los tronos de Francia y España, trajeron tan agitada y revuelta la Europa á consecuencia de sus rivalidades, sobre lo que ha escrito hace poco una extensa historia Mr. Mignet; pero á pesar de los esfuerzos del escritor, los hechos atestiguarán siempre que, no obstante el dictado de rey caballero, con que los franceses designan á Francisco I, fué vencido siempre en generosidad y en hidalguía por Carlos V. El archiduque y su familia pasaron cinco días en el castillo de Blois, muy agasajados por Luis XII; se trataron los asuntos pendientes con Austria, y sobre ellos se firmó en Blois un convenio que tiene la fecha de 13 de Diciembre de 1501. El 2 de Enero de 1514 murió en el castillo la esposa del rey, Ana de Bretaña, á quien éste no sobrevivió más que un año; y habiéndole sucedido en el trono Francisco I, Blois perdió mucho en importancia, porque el nuevo rey no tenía por esta ciudad los motivos de predilección que su antecesor; además, como se verá luego, habiendo hecho edificar en las cercanías el castillo Chambord, este nuevo real sitio tuvo su preferencia; pero durante el reinado de Carlos IX, Blois y su castillo fueron teatro de sucesos muy importantes. En el verano de 1571 se trasladó allí la corte para estar más cerca de la Rochela y poder tratar

(1) Revilla: *Crtt. cit.*

(2) Alas: *Gloria*, etc.

(3) L. Alfonso: *Trabajo menc.*

(4) Alas: *El niño de la bola*, art. inser. en el periód. *La Union*.

(5) Revilla: *La últ. nov. del Sr. Alarcon*, trabajos pubs. en *El Globo*.

más fácilmente con los jefes de los hugonotes, que acudieron, con efecto, á las entrevistas celebradas allí, que parecía que habían de poner término á las sangrientas luchas religiosas que ensangrentaban hacia ya años la Francia; pero todo el mundo conoce la perfidia con que aquella aparente reconciliación preparó la terrible catástrofe de la *Saint Barthelemy*, y las alteraciones que no tuvieron fin hasta el reinado de Enrique IV.

En el año de 1576 se reunieron en el castillo de Blois los Estados generales del reino, que, si bien empezaron con esperanzas de que terminarían las discordias pendientes, se disolvieron sin resultado; pero las quejas que contenían los cuadernos de los representantes de las ciudades, fueron ocasión de las ordenanzas que se conocen bajo el nombre de Edicto de Blois, dado en 1579. En 1588 volvieron á celebrarse los Estados generales en el castillo de Blois; y en ellos se manifestó que la Liga y los Guisais, que la dirigían, habían llegado al más alto grado de poder, pues el cardenal fué elegido presidente del clero, el conde de Bressa de la nobleza, y la Chapelle-Martean, prevoste de los mercaderes de París, del estado llano (*le tiers*). Enrique III, que había heredado de su madre todo el espíritu florentino que inspiró los actos de César Borgia y las doctrinas de Maquiavelo, bajo un aspecto endeble y raquítico, y con las apariencias de un acetismo rigoroso, encubría un corazón capaz de resoluciones enérgicas, aunque criminales, y realizando los propósitos que abrigaba en su mente, en la mañana del 23 de Diciembre de aquel mismo año, colocó en su gabinete y en las celdas que había dispuesto en sus alrededores, diciendo que iban á ser habitadas por frailes capuchinos, á los cuarenta y cinco arceiros llamados los *ordinarios*, por ser la guardia permanente de su persona que estaban bajo el mando de Loignac. Todas las salidas y pasadizos del castillo estaban guardados por personas de confianza, y apenas reunido en una de las habitaciones próximas á las del rey, el Consejo para tratar de los asuntos que se habían de someter á los Estados, el rey mandó llamar al duque de Guisa que, con la capa en el brazo entró en la Cámara, cuya puerta cerró Montsery. El duque se encontró en medio de los cuarenta y cinco á quienes saludó; al acercarse á la puerta del gabinete del rey, viéndose seguido se detuvo un momento, y llevándose la mano á la barba, vacilante, volvió la cabeza; en el momento Montsery que estaba junto á la chimenea le cogió del brazo y le dió una puñalada en el cuello, *¡amigos, amigos, traición!* exclamó Guisa: en el acto Effrenat le sujetó las piernas, y Saint Maline le dió un golpe en la cabeza; á pesar de sus heridas el duque derribó á uno de los asesinos de un golpe que le asestó con una caja de dulces que llevaba en la mano, y aunque no pudo sacar la espada, era tan fuerte, que arrastró á los que le sujetaban de un extremo á otro de la cámara del rey; pero empujado por Loignac cayó exánime á los pies de la cama del rey, gritando: *Dios mio, misericordia*, y estas fueron sus últimas palabras.

Cuando supo el rey que su enemigo estaba en tierra, alzó la cortina de su gabinete; convencido de que estaba muerto se adelantó para contemplar su víctima, y dándole con el pie en el rostro como Guisa lo había hecho á Coligny el mismo día de la *Saint Barthelemy*, dijo Enrique III: *Dios mio qué grande es, parece más grande que vivo*; á las pocas horas, y en el mismo castillo, fué también asesinado el cardenal hermano del duque, y puestos á buen recaudo los principales jefes de la liga, que si bien no quedó por completo destruida, llevó entonces su más terrible golpe.

Es imposible dar idea de la impresión que causa el contemplar los lugares en que se desarrolló aquel sangriento drama, que los encargados del castillo enseñan minuciosamente á los viajeros curiosos, indicando la puerta por donde entró el duque en la cámara; la chimenea junto á la cual recibió el primer golpe; el lugar que ocupaba la cama del rey, á cuyos pies le arrojó Loignac; pero todavía causa más horror, subir á los desvanes, donde fueron quemados los cuerpos de los Guisais, cuyas cenizas se arrojaron luego al Loire, porque el rey no quiso ceder á los ruegos de la madre de aquellos infelices, que pedía sus cuerpos para darles piadosa sepultura.

No fueron las ulteriores resoluciones de Enrique III lo que podía esperarse de aquel sangriento principio: así que la guerra civil no concluyó hasta que después de haber sido este monarca, víctima del puñal de Jacobo Clemente, á quien llamó nuestro Mariana, justamente por el regicidio cometido, *ilustre Gallia decus*; venciendo hábilmente grandes dificultades y abjurando la herejía protestante, porque en su sentir París bien valía una misa, ocupó el trono Enrique IV, sucediendo la casa de Borbon á la de Valois. En su reinado, el castillo de Blois dejó de brillar con los esplendores de la corte, porque el rey, auxiliado de su gran ministro Sully, echó los cimientos de la centralización política y administrativa que acabó con el poder, siempre turbulento, de los grandes, y París adquirió, por consecuencia, mayor importancia que nunca había tenido, aunque siempre fué tan grande que la liga tomó su principal fuerza de resultados de estar en posesión de la antigua ciudad cuyo estado llano (*bourgeoisie*) y cuya plebe eran fervientes católicos y enemigos de los hugonotes.

El castillo de Blois tuvo un período de nueva vida, cuando vivió en él retirado por muchos años el príncipe Gaston de Orleans, que intentó, como he dicho antes, reconstruirlo bajo nuevos planos; felizmente no logró llevar á cabo sino una parte de su pensamiento, y á esto se debe, que aun se conserven las construcciones más antiguas é interesantes de este vastísimo edificio. Gaston de Orleans, que al principio fué un príncipe inquieto y ambicioso, se reconoció impotente ante el favor y la habilidad política de Richelieu y de Mazarino, y se consagró al estudio de las ciencias naturales, de las letras y de las bellas artes. Era director de sus jardines el médico y naturalista Brunyer, que en 1583 publicó el catálogo de las plantas que en él se cultivaban, bajo el título de *Hortus regius Blessensis*, y en él están clasificadas por géneros, pudiéndose considerar esta obra como el antecedente del sistema de clasificación natural intentado por Tournefort y realizado en nuestro tiempo por Decandolle, aunque después que el sistema sexual de Linceo había facilitado el conocimiento y la agrupación general de las plantas. Al morir

Gaston de Orleans, dando ejemplo de piedad y mansedumbre cristiana, legó sus colecciones de libros y objetos de ciencia y arte á su sobrino Luis XIV, y hoy forman parte, quizá la más antigua, de los museos y bibliotecas de París.

La historia del castillo de Blois pierde desde aquella época todo su interés. Luis XIV estuvo en él de paso para Chambord, que, como ya he dicho, fué el real sitio privilegiado de aquella región, bajo la dinastía de los Borbones, y después de esto, los Reyes concedían vivienda á los hidalgos del país en sus magníficas habitaciones. En el período de la revolución sufrió este magnífico edificio la misma suerte que sus análogos. Se arrancaron de sus muros y de sus techos todos los blasones y signos que demostraban su origen y su historia, y destinado á diferentes usos, vino á poder del Ayuntamiento de Tours en 1810, lo cual, lejos de poner coto á su destrucción, contribuyó á aumentarla, hasta que en 1841 la comisión de monumentos históricos creada en el ministerio del Interior por el conde Duchatel clasificó como de primer orden el castillo de Blois, y se proyectó su restauración, empezando por el ala de Francisco I, que amenazaba ruina y encomendándose las obras al arquitecto Mr. Duban; pero la resistencia del ministerio de la Guerra á abandonar su posesión, retardaron la ejecución hasta el año de 1845, habiéndose terminado en Enero de 1848.

En el año de 1870, la sala de los Estados generales fué centro de agitaciones, que recordaban los tiempos de su mayor esplendor, pues en ella se reunió un tribunal revolucionario, cuyos procedimientos fueron interrumpidos y olvidados por los horrores de la guerra franco-prusiana, durante la cual sirvió el castillo de hospital de sangre: hoy ha vuelto á poder del Ayuntamiento, que piensa establecer en él varios servicios municipales: no lo estaban aun cuando lo visitamos, y es de esperar que si el proyecto se lleva á cabo, se consulte ante todo la conservación de un edificio; que por sus recuerdos históricos y por sus bellezas artísticas, es sin duda de los más importantes de Francia,

A. M. FABIÉ.

LAS COMPAÑÍAS DE FERRO-CARRILES

ANTE LA OPINION PÚBLICA.

Artículo II.

Si los ferro-carriles no fuesen que sí lo son, un admirable agente mercantil, introduciendo en su explotación algunas reformas que necesitan y no se obtuviese con ellos un sistema, el más perfecto hoy, de locomoción comercial bajo todos los puntos de vista de la velocidad, cantidad, frecuencia, regularidad y precio, y un servicio superior al de la navegación, dudáramos de la utilidad final de los railways, serían una perturbación social más, un negocio de fantasía, una contradicción rotunda, digna de la animadversión de los pueblos y del anatema de las generaciones presentes; pero á pesar de esto, si preguntáis á un presidente de la Compañía del Norte, á los vocales, al secretario, al gerente, al director facultativo, á los legisladores, al mismo ministro de Fomento. ¿Cuál es el valor industrial, económico y social de estas vías, y por tanto, cuál es su influencia sobre la distribución del trabajo y de la riqueza, sobre el progreso de la civilización y la vida de las sociedades? ¿Cuáles son los resultados que su explotación produce sobre las leyes de la economía política, si las confirma ó modifica, ó si sólo son esas vías un mito genesiáico que no han podido aún descifrar ni los felices concesionarios de esas empresas, ni el Estado, ni los jurisperitos, ni los ingenieros: estad seguros que los altos señores financieros que las administran, os responderán que nada saben, que no tienen datos positivos sobre la importancia de los ferro-carriles en el mundo, considerados como hemos dicho antes, sobre su potencia de producción y su influencia civilizadora, pero os señalarán con arrogancia desdeñosa, al lado de millones de cotas de valores públicos, otros cuantos de acciones y obligaciones de ferro-carriles que se alzarían como un coloso para la defensa de las propiedades, tratando de aplastar á los contrarios; el Estado os hablará de las vías férreas, ponderándolas como un medio de estrategia, de influencia política, lo vereis compilando leyes, decretos, ordenanzas, reglamentos, instrucciones sobre concesiones de líneas, acordando subvenciones y garantías de intereses, autorizando expropiaciones y fusiones, imponiendo tarifas, estipulando acá y allá algunos reglamentos sobre policía y seguridad de las vías y registrando todos los años para beneplácito de los especuladores los beneficios de las Compañías: de donde se deduce, que como no sabe de ferro-carriles más que lo que quieren aquellas que sepa, es miope en este asunto, y á la incapacidad de producir que distingue al Estado hay que agregar la incapacidad de conocer: los ingenieros os hablarán exclusivamente de la parte instrumental en sus libros, Memorias, juntas, reuniones; quiero decir, de coginetes, resistencia de los materiales, de curvas, pendientes hasta del 6 por 100, rails de acero ó hierro, túneles, viaductos, etc., etc., cosas todas preciosas y de importancia, pero que no tienen interés para la economía política; resultando de aquí, que el mayor honor que se puede hacer á todo este inmenso montón de legislación, se arando, desde luego, lo que es de derecho común, en ausencia de una ciencia positiva, de un estudio desembarazado de toda elucubración técnica, política, legislativa, de todo interés de partido, corporación ó localidad, el mayor honor, decimos, es aceptarla á título provisional, puesto que no se debe creer en la pruden-

cia de un legislador que no sabe de qué vá á legislar y no conoce los caracteres aparentes y los elementos de éxito más ó menos completo de tan admirable agente mercantil; creyendo y asegurando que las Compañías explotantes no saben sacar todo el partido que deben del principio y de la constitución de las vías férreas, por no conocer los medios de mejorar su explotación actual, cuyos gastos deben reducir en un 40 por 100, puesto que estas son inferiores á la navegación en lo concerniente al transporte de mercancías, y aun en algunos casos al de viajeros.

El ferro-carril, como invención que es notabilísima, posee el mayor número de cualidades que constituyen el transporte perfecto, como son: la velocidad, la regularidad, la precisión, la permanencia y la frecuencia; excede á las necesidades de la sociedad y á la actividad de las transacciones, puede vanagloriarse de tener para dar y aun vender tiempo y riqueza, y sobrepuja la insaciable exigencia de la humanidad.

Todo esto es una verdad probada por hechos recogidos minuciosamente en todos los países, en todas las épocas; pero si ese es el fenómeno curioso y nuevo en la ciencia económica, ¿de qué le servirían todas esas preciosas cualidades, si como agente de las transacciones no pudiese transportar masas de personas y cosas á bajos precios? no sería entonces más que una novedad sin utilidad, un juguete; pero esa utilidad del transporte tiene por expresión el precio: luego por el precio que las Compañías tienen en sus caminos es, en definitiva, por el que debemos juzgar al ferro-carril, y por el que debemos juzgarlas á ellas, puesto que si éstas nos venden el transporte más caro que los otros sistemas ó medios de locomoción, no es un progreso, es una mistificación y un engaño de la que son responsables las Compañías, aun tanto ó más que los legisladores.

Creemos que la explotación de las vías férreas desde el principio, por el prestigio de la novedad, ha seguido mal camino; que la excesiva carestía que las Compañías les imponen y nos dan al público, ha resultado de que los primeros concesionarios y empresarios de transportes, han desconocido la naturaleza é importancia de esas vías, de que han procedido en todas partes sin método, de que han seguido su capricho y de que han violado la ley suprema que rige el trabajo humano y la industria de los transportes.

Felizmente para las afortunadas Compañías españolas, no tienen que luchar en este país, ni con el sistema de locomoción por carreteras, porque hay pocas y mal conservadas, ni con el de locomoción por canales y ríos canalizados como en el extranjero, porque todavía existen ménos, de modo que reinan en absoluto en España como dueñas y señoras únicas de todo el sistema de transportes y locomoción: y vienen doblemente obligadas á servir mejor que lo hacen al público, del cual viven, y al cual debían tratar de explotar con más consideración y respeto, ya que poca ó ninguna competencia tienen con otras empresas, y que solas acaparan todas las transacciones; no estando de más el apuntar aquí, para cuando en otros tiempos se establezcan otros sistemas de locomoción de los antiguos ó nuevos, que se quiten á las Compañías de ferro-carriles los privilegios que tienen hoy, si á los otros sistemas no se piensa darles ninguno, para que todos se hallen en igualdad de circunstancias, y que los segundos se den á otras clases ó personas que no tengan intereses en las empresas de ferro-carriles.

Si consultamos las tarifas legales decretadas por todos los Gobiernos europeos, en máximo y por término medio, nos hallamos para los viajeros en 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, con los precios de 10 céntimos, 7,5 céntimos y 5,5 céntimos por kilómetro. Estas tarifas se fijaron por los respectivos Gobiernos, en consonancia con las que tenían los transportes por diligencias y mensajerías, y no por un conocimiento adquirido y profundo de los resultados que daban las vías férreas, puesto que la ignorancia, excusable en algun tanto entonces, de la potencia productiva de los ferro-carriles, hizo que las Compañías sostuvieran que tales empresas eran esencialmente aleatorias, y que los poderes públicos se contentasen con asignar á los empresarios un máximo entre otros privilegios. La lucha entre los precios del transporte por agua y por los ferro-carriles continúa en el extranjero; aquí no existe esa por lo que hemos apuntado, pero se establecerá algun día, y la victoria es dudosa, porque si uno de los contrincantes tiene más capital, el otro, que es el de los transportes por agua, tiene ménos gastos; pero es bien cierto que si los Gobiernos convirtiesen en privilegios la explotación de las vías navegables, como hacen con los ferro-carriles, acordando á una Compañía de transportes por agua una garantía de interés del 6 por 100, bajo la promesa por ella de explotar, hacer el servicio de viajeros y mercancías como antes, y de oponerse á toda coalición con el ferro-carril paralelo y próximo que existiese, no hay duda que éste tal vez sería vencido y bien poco productivo, puesto que es ya cosa probada que en situaciones iguales, es decir, con privilegios iguales para ambos sistemas, ó ninguno para los dos, los transportes por agua, sobre todo en mercancías, pueden hacerse más baratos que los de ferro-carriles; y decimos esto porque ese precio no excede de 2 céntimos por tonelada y kilómetro en una vía navegable de las más baratas de la Europa, mientras que el ferro-carril europeo que transporta más barato las mercancías no lleva

ménos de 4 céntimos, y los precios más baratos hoy conocidos para viajeros por agua y ferro-carril son en Europa 5 céntimos para la primera y cerca de 6 céntimos para el segundo. El día, pues, que aquí se construyan muchos canales y se canalicen muchos ríos para el transporte de mercancías y viajeros con los mismos privilegios que los ferro-carriles, si quieren vivir no tendrán más remedio que bajar sus tarifas, y entonces sabremos si los ferro-carriles valen ó no en nuestro país, y si las acciones y obligaciones de estos alcanzan los precios de hoy, augurando para esas fechas un resultado algo desastroso para no pocas Compañías de ferro-carriles españolas; por lo ménos tal y como hoy se hace la explotación de estos, habida cuenta de sus tarifas, precios de comercio y precio á que sale el transporte por los mismos, el cual no es más que aproximativo, porque los elementos estadísticos que suministran las Compañías no son más que aproximaciones, en razón á que sus cuentas anuales, presentadas en las asambleas generales de accionistas, dan calculadamente pocos detalles y evitan á propósito el enseñar al público lo que ellas no quieren que se sepa; sin embargo, no son tan pocos que de ellos no sepamos ya con certeza económica, aunque no sea con precisión matemática, cuáles son los resultados medios de los ferro-carriles despues de veinticinco años de explotación; ó lo que es lo mismo, cuál es su fuerza de producción, lo que cuesta el transporte de viajeros y el de mercancías, lo que producen uno y otro; lo que el país puede esperar para su industria, su comercio, sus relaciones políticas y sociales, de la reversion de los ferro carriles al dominio público y aun de la compra de estos por el Estado; cuál es la extensión del sacrificio que ha hecho al abandonarlos por 99 años á Compañías de usufructuarios, ó qué ventajas ha sacado de este sistema, en el cual vemos no pocos comprometida la fortuna pública al ver que los poderes responsables son tan generosos con los empresarios de ferro-carriles y Compañías.

Si el interés es de 5 por 100, el precio es de 5 céntimos por viajero y 9 céntimos por tonelada, de mercancía y kilómetro; si baja á 3 por 100, el precio descenderá á 3 céntimos 749 por viajero, y 6 céntimos por tonelada y kilómetro.

Si el interés es de 5 por 100, el precio es de 5 céntimos por viajero y 9 céntimos por tonelada, de mercancía y kilómetro; si baja á 3 por 100, el precio descenderá á 3 céntimos 749 por viajero, y 6 céntimos por tonelada y kilómetro.

El interés de las acciones y obligaciones es, en general, un tipo alto de lo ménos el 6 por 100, no olvidando, que esos tipos de precios que acabamos de indicar á que sale el transporte por ferro-carril, tiene que ser más alto aun de lo que representan esos números; porque en las cuentas que han servido para sacar esos resultados, no se incluye nada para la depreciación del material; resultando, sin embargo, tanto para la grande como para la pequeña velocidad, que el precio medio que se percibe hoy en los ferro-carriles europeos por unidad de tráfico ó viajero y kilómetro, es de 5 céntimos 305, sea por tonelada de mercancía á pequeña velocidad 10 céntimos 610, siendo el beneficio medio por viajero y kilómetro de 1 céntimo 5, y de 2 céntimos 9 por tonelada de mercancía. ¿Pero creen los lectores que se percibe lo que se deduce del cálculo? Pues no es cierto; las Compañías perciben en general para los viajeros 6 céntimos 5, y para las mercancías 7 céntimos 64 por término medio: por donde se vé que el beneficio es mayor en viajeros que en mercancías; ó en otros términos, que los gastos de estas se cubren y se tapan con los beneficios de aquellos, lo cual no se explica de otro modo sino porque el ferro-carril encuentra poca competencia en los viajeros, y nada ni nadie le impide aplicar la tarifa entera, mientras que para las mercancías su servicio se traduce en la mayor parte de los países en pura pérdida para los accionistas.

Así en la práctica de la explotación de sus ferro carriles, las Compañías están acordes en aplicar sus tarifas, no como debiera ser segun la proporción de lo que cuesta el transporte á grande y pequeña velocidad de cada unidad de tráfico, sino segun la presión mayor ó menor de la competencia, y segun la necesidad del comercio, incapaz de sufrir por mucho más tiempo para las materias voluminosas y de precio ínfimo, tarifas de 8, 10 y 12 céntimos por tonelada y kilómetro.

Pero la verdad es que por los escasos datos que nos dan las cuentas de las Compañías, poseemos algo muy parecido á la verdad en cuanto al precio en globo á que sale el servicio por ferro-carriles sin distinción de velocidad, personas ó cosas; pero no conocemos matemáticamente el de cada viajero ó objeto, ya sea con grande ó con pequeña velocidad.

Bajo el punto de vista de su valor, las cosas se comparan tanto mejor, cuanto más distintos son sus servicios, cuanto más extrañas ó distintas son la una á la otra, teniendo tan sólo de comun el poderse evaluar monetariamente.

En una explotación de ferro-carriles, si examinamos prolijamente sus cuentas, sus cálculos y Memorias, lo veremos todo confundido; la grande con la pequeña velocidad, los viajeros con las mercancías, el ganado con la hulla, los adoquines con la cebada, las sardinas y el correo con los garban-

zos, etc.; siendo imposible el entenderlas y reconocer semejantes laberintos, y mucho ménos el averiguar si la tonelada de mercancías cuesta el trasportarla tanto como dos viajeros ó tanto como dos mil; si cuesta ménos ó si cuesta más, asemejándose esas cuentas y presupuestos á las antiguas monarquías de algunos Estados europeos, ó á las cuentas del gran capitán español Gonzalo de Córdoba, votadas en total, percibidas al acaso y gastadas segun el capricho del príncipe y sus bufones. Nosotros creemos que aun hoy, una tonelada de mercancías cuesta de trasportarla más que dos viajeros trasportados con velocidad de cuarenta kilómetros por hora, y que por lo tanto en lugar de bajar la tarifa de la pequeña velocidad para subir otro tanto la de viajeros, es precisamente lo contrario lo que han debido hacer las inconscientes Compañías, puesto que además podemos probar que la porción de los gastos indicados en sus cuentas, que incumben á la pequeña velocidad, es mayor que no lo indica la equivalencia supuesta de dos viajeros para una tonelada de mercancías; resultando de aquí, que las Compañías no hacen ningún beneficio sobre el transporte de las mercancías, por lo menos en los países en que esas tienen competencia con otras vías, y que esos bellos dividendos tan bellamente exagerados, de los que tanto se enorgullecen las mismas Empresas, lo deben todo á los viajeros; y volvemos á repetir, que si en el extranjero, por tener los ferro-carriles competencias fuertes en algunas naciones, no les basta á las Compañías con tarifas de 3 céntimos 25 para viajeros, y 6 céntimos portonelada y kilómetro, para mercancías debemos decir que el ferro-carril allí donde se establece otro sistema de locomoción por agua, no es un progreso, es la opresión, es la mistificación; y si esto decimos para las otras empresas. ¿Qué no diremos para las españolas con tarifas de 5 6 y 7 céntimos por viajero, 6, 8, 10 y 12 céntimos por tonelada y kilómetro, que aún se quejan de las pocas ganancias que realizan con ellas, pues nos dicen que apenas si cubren los gastos? ¿Qué diremos de unas empresas que, segun ellas, les tendria más cuenta renunciar al oficio de empresarios de transportes, cuando mandan en España en este ramo como en país conquistado? Diremos que, miradas así las cosas, el servicio de ferro-carriles no es más que otro *quét-a-pens* como el del Banco Hipotecario, un odioso charlatanismo, un auxiliar de la tiranía contra el cual el deber de todo hombre de bien es el de sublevar la opinión de los pueblos y ciudades contra la institución egoísta de las Compañías de ferro-carriles, si no reforman las mismas la explotación de esas vías, y si no mejoran su servicio, para no darnos gato por liebre, puesto que no es otra cosa vendernos esas Compañías, á 6 céntimos el transporte considerándolo como el *nec plus ultra*, mientras que la vía navegable puede darnos el transporte á 2 céntimos y medio, es decir, á cerca de un 60 por 100, ó por lo ménos, á más de un 50 por 100 más barato que las vías férreas. Para esto no necesitaba Watt, ni Stephenson, ni Papin, ni otros varones ilustres, romperse la mollera tanto para que luego unos ñores ambiciosos y egoístas vinieran á hacer un mal uso para el mundo de sus bellos descubrimientos. ¡Abajo, pues, las Compañías explotadoras de ferro-carriles que no reforman su explotación! ¡Guerra á la ignorancia y á la mala fé! Aunque no digamos en estos artículos cosas nuevas, que, si no lo son para otros países, conviene que se generalicen en el nuestro, en donde nada tienen de viejas; y en último resultado, nunca serán tan viejas y tan malas como es viejo y malo el material de tracción, y además feo é incómodo de casi todas las Compañías de España.

P. CALVO Y MARTIN.

PRÓLOGO Á UNA NOVELA.

Ha dicho un amigo mio,—el erudito escritor y Académico de la Historia D. Cesáreo Fernandez Duro,—que un libro sin prólogo es como una comida sin sopa; y por abundar, sin duda, en esta donosa afirmación el Sr. Diaz Perez, elíjeme á mí para que haga y dé al público la sopa de la sabrosa comida que ofrece hoy al lector en este nuevo libro de su incansable pluma. Mucho he resistido semejante inmerecida predilección, que no soy yo quien para apacinar con mi pobre firma una obra de ingenio que por sí sola se apadrina y presenta. Empero como rechazar la exigencia del Sr. Diaz Perez fuera inexplicable ingratitud, doy de lado á los reparos de mi escrupulo accediendo reconocido á su distinción, y entro, sin más exordio, á servirle la sopa literaria que para su libro desea.

Baños de Baños es una novela. Disertemos, pues, aunque sea brevemente, acerca de la novela. Así como es—ó debe ser—el teatro la escuela de las buenas costumbres, de la propia suerte estimo yo que la novela contemporánea, tomando de la realidad su argumento y de los recursos de imaginación sus tonos y colores, sin que en aquel se llegue al naturalismo antipático, si no repulsivo, de Zola, ni en éstos al capricho arbitrario de una fantasía sin límites, debe responder en su fondo y aun en su forma á un pensamiento determinado cuyo fin no sea otro que el de instruir y deleitar.

Ha de ser la novela, á mi juicio, una enseñanza, un consejo ó una advertencia; mas de modo tal escrita y en su exposición, trama y desarrollo dispuesta, que en la totalidad se confundan lo útil y lo agradable, lo verdadero y lo ingenioso, llevando como de la mano al lector á la conclusión que se quiere sin que su curiosidad se fatigue ni su deseo de aprender se malogre. Antes que un pasatiempo más ó ménos divertido, debe la novela ser el lienzo donde un hábil pintor trace tal ó cuál escena de la vida, ya para presentarla, si es buena, como ejemplo, ya para condenarla y prevenir sus peligros si es de aquellas que merecen la censura.

La novela por la novela, esto es, la novela estéril que se ciñe á distraer el ánimo con amoríos abundantes en peripecias de intrigas, infidelidades é inconsecuencias, novela que tanto estrago ha hecho en el buen gusto literario y en la moral de las gentes sencillas, no solo no responde á las necesidades de nuestro tiempo, sino que debe ser desterrada por siempre del campo de la amena literatura. Ya se me alcanza que los tales, semejantes en esto á los pintores que ignorando la historia empleaban sus talentos en reproducir milagros, apariencias é imágenes de santos y santas, no sabiendo hacer otra cosa se dedican á los dramas trebuchados que ninguna instrucción requieren, ó lo que es peor, á la novela insustancial, sin contrastes ni enseñanzas, que, á vuelta de algun chiste de dudosa corrección, envenena el alma de las personas incautas que toman su lectura por pasatiempo y acaban por inicionarse de su espíritu corrompido y corruptor.

Hay que declarar guerra decidida, guerra sin tregua ni cuartel á esa polilla de la novela que, sobre ser perniciosa, hace competencia temible á las producciones de los verdaderos ingenios; hay que perseguirla hasta en su baratura, condición que no influye poco en sus éxitos, y dar al público buenas novelas y baratas; hay que resucitar los días esplendorosos de la novela española sin perder de vista que las exigencias del lector son otras y la misión del novelista en nuestro tiempo muy diversa.

Paul de Kock—no quiero descender á nombrar sus desdichados imitadores—debe ser combatido con Walter Scott, Dickens, Balzac, Victor Hugo, Valera, Fernandez y Gonzalez—en sus comienzos—Alarcon y Perez Galdós. Julio Verne, sobre todo, estimo yo que es el tipo más acabado del novelista moderno. El mismo Pereda, con ser tan ultramontano y, por consiguiente, tan poco simpático á mis opiniones, puede servir de modelo, en su forma, á los que á la novela se dediquen. Y que la novela que prefiero no está reñida con los donaires, agudezas y atrevimientos de cierta índole, pruébanlo los dos primores de filigrana intitulados *Pepita Gimenez* y *El sombrero de tres picos*. Ellos son el testimonio más concluyente de que puede ponerse picante en las novelas sin que corran por eso el azar de ser confundidas, careciendo de la gracia que en toda ella rebosa, con la *Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache*, especie de patron, en su carácter más inadmisible y deshonesto, de no pocos novelistas que á la sombra de lo humorístico pasan el contrabando de lo inmoral.

En esos distintos géneros de la novela que con tanta gloria cultivaron unos y cultivan otros de dichos escritores han de inspirarse los que seguirlos pretendan, de modo alguno en la novela frívola é insípida que tan injustamente hace sudar á las prensas. No deben, sin embargo, caer, huyendo de este escollo, en el de la novela socialista de Eugenio Sue, cuya breve duración es la mejor crítica que de ella puede escribirse. Pasó también la novela de capa y espada. Las pastoriles, picarescas y fantásticas, tampoco tienen razon de ser en nuestro siglo, como han muerto en poesía la bucólica, la epopeya, el género épico-heróico y la tragedia. Los moldes de hoy son otros enteramente nuevos. Más alto el nivel intelectual de las naciones y en el panteon de la historia los antiguos ideales, las obras del novelista contemporáneo han de corresponder al carácter, la índole y el sentido de su época si no quiere vivir en ellas y por ellas lo que vive la flor: un día.

No es esto ciertamente que entre la novela insípida que excluyo y la llamada *social* que algunos cultivan, opte por esta última. Distingamos para no confundirnos, pues la palabra *social* aquí empleada se presta á muchas interpretaciones.

Si por novela *social* se entiende la que trae á la crítica y la controversia verdaderos problemas ataviados con las galas del estilo y el ingenio, problemas cuya solución está en la conciencia pública ó en la de los doctos, y se escoje como instrumento la novela para hacerlos más fáciles á todas las inteligencias y estender, por lo tanto, la necesidad de resolverlos, claro es que quizá sea esta la novela que yo estimo preferible á las demás, aun á las de mero ingenio siquiera sean correctas é irreprochables. Esa novela, la que enseña, aconseja ó advierte, la que penetra en todas partes con los atractivos de su forma amena y consigue el recreo del ánimo á la par que la reflexión, y gana las conciencias, y suma voluntades del lado de lo útil y lo equitativo, y prepara lentamente por el pensamiento mudanzas y reformas que de la simpatía pasen á las costumbres y de las costumbres á la ley, tal novela, digo, es la mejor; y si no es otra la llamada *social*, partidario, y muy decidido, soy de ella.

Pero si por novela *social* se entiende—y muchos no le dan otro alcance ni otro sentido—la que nos presenta invariablemente el contraste de un ciudadano muy liberal, muy sábio, muy virtuoso

so, muy patriota, que en una húmeda y estrecha bohardilla se muerde los codos de hambre, tiritada de frío en verano y padece persecución de la justicia por sus ideas niveladoras y de fraternidad universal—tema tan explotado que más que lástima antipática invencible produce,—y de otra parte un pícaro marqués, reaccionario de siete suelas, que vive espléndidamente con las rentas que sus padres le dejaron ó él por sí adquiriera, que tiene constantes deliquios con las hermosas, gasta coche y viaja por el mundo cuándo y cómo le place, sin que á piedad se mueva su corazón de granito y reparta un día de buen humor entre los pobres del barrio las onzas que posee hasta quedarse sin un maravedí, con cuya conducta es indudable—para el autor de la novela—que ganaría la gloria de abajo y la de arriba, dando así principio la suspirada redención de los hombres libres; si por novela social quiere significarse este género tremebundo de los literatos patibularios y sombríos, desde luego soy enemigo de ella y la denuncio al sentido común como perturbadora de la peor especie, pues sobre querer que todo el que es rico dé su dinero al vecino, quita el sueño á los incautos y puebla de negras visiones el entendimiento de los hombres sencillos y de buena fé.

No, no es esta la novela de nuestros días, y á desterrarla pronto y de cuajo debe tender la crítica seria, entendida y meditada.

Enhorabuena que el escritor, tomando por medio de propaganda la novela, exponga sus ideas y combata bajo dicha forma las injusticias, no pocas por desgracia, que de hecho y de derecho existen. Tal es su misión en este siglo, cuyos ideales, aún no bien definidos, no son otros, á mi juicio, que la instrucción y la libertad. Pero debe hacerlo templadamente, sin odio de clases, sin furiosos sociales ó políticos, sin esa inquina sistemática que antes quita la razón que la dá. Cierzo que solo un Cervantes pudo matar con su risa los libros de caballería, como un Voltaire quebrantó con su ridículo el fanatismo. Es indudable, y que á lo que se proponen hoy inundar de luz y armonía la vida mediante el instrumento de la novela filosófico-social ó social-filosófica no ha de exigírseles lo que no tienen; mas como no es ménos indudable que *gutta cavat lapidem, non vi sed sepe cadendo*, trabajen, trabajen sin cesar ofendiendo lo ménos posible, pongan en su paleta colores suaves, den á sus cuadros tonos de luz, no de sombra cuya pavora ahuyenta, insinúen con arte, pinten bien los caracteres y las situaciones, y sin necesidad de que recurran á los medios que censura conseguirán paulatinamente, que de un salto es quimérico, el fin loable que persiguen.

Tal es el concepto que tengo de la novela contemporánea. No debe ser vana ni terrorífica, antes bien, plácida, instructiva y deleitosa, cual Horacio —y perdónese me que eche mano de apoyo tan gastado—la define. Revuelto anda nuestro siglo y como que no acaba de fijar sus ideales, por lo que la novela ha de resentirse del mismo mal. Está fuera de toda discusión. Hay, sin embargo, tantos elementos para la buena novela, que con solo querer y dirigir acertadamente su pensamiento, pueden los escritores que cultivan este género de la literatura elevarse hasta la alta cúspide en que se confunden, rodeados de una esplendente auréola de luz, con los grandes reveladores de la humanidad: los poetas.

Ahora bien; la novela del Sr. Díaz Pérez reviste principalmente el carácter instructivo que prefiero. Es un viaje ameno que se hace sin sentir llevado de la mano del autor, cuyos varios conocimientos campear en este libro, el mejor, á mi entender, de cuantos ha compuesto en su vida laboriosa de escritor.

Baños de Baños no se parece en nada á la tan conocida novela francesa *Baden-Baden*: en ésta se exhiben cuadros de libertinaje, escenas de juego, suicidios de gomosos arruinados y mujeres que dan su belleza al que más prodigamente la paga; en *Baños de Baños*, cuyo contraste con *Baden-Baden* ha sido, tal vez, uno de los propósitos del señor Díaz Pérez, demuéstrase que la vida de los placeres honestos no está reñida con la más escrupulosa moral, y que puede darse al espíritu todo linaje de esparcimientos y á la materia toda suerte de regalos sin que la joven pierda su virtud, el acaudalado sus rentas, ni el *touriste* su honor y con el honor la vida.

Hay en las páginas de que consta esta novela, más útil y recreativa que las que hoy al por menor se estilan, caracteres ejemplares y bien pintados como el de Dolores y el de Rafael. Tiene, sobre todo, *Baños de Baños* una finalidad—como se dice en filosofía—que hace justicia al buen deseo de su autor, es á saber; probar la influencia que la mujer, cuando á sus prendas morales reúne la de una regular instrucción, ejerce incontestablemente sobre el hombre.

No estoy de acuerdo con algunas apreciaciones artísticas y políticas que en *Baños de Baños* apunta, con la resolución propia de su genialidad, el señor Díaz Pérez, de cuyas ideas me separa una cuasi abismo: de *reacción*, según él; de *orden*, según yo. Pero como lo cortés no quita nada á lo valiente, concluyo aquí felicitándole por el desempeño de su obra, que sin pretensiones de clásica es, sin embargo, útil y agradable.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

Hasta aquí el escrito *ordenado* por Pedro Fernandez de Quirós, según él mismo afirma; pero fué el mismo Fernandez de Quirós autor de los conceptos, redactor de las frases y propietario del estilo brillante y florido del escrito que dice haber *ordenado*?

What's the question, diría un inglés: de la cual cuestión voy á tratar, con el propósito de ofrecer un servicio á la historia de la literatura patria si lo consigo, y acaso aún sin lograrlo; pues cuando se abre el camino á las investigaciones sobre la paternidad de una obra del ingenio, por ejemplo, si se avanza algo en el escabroso sendero que guía al fin apetecido, siempre se tiene por loable el trabajo y buena la intención, siquiera la gloria en toda su plenitud solo se alcance con la posesión de la indudable partida de bautismo, clara, limpia y arreglada á los formularios corrientes.

Mas antes de discutir parece preciso, como obligado preliminar, decir algunas palabras acerca del *ordenador* de un escrito tan importante y que sin desdoro puede figurar entre los no despreciables de la época que aún llamamos siglo de oro de nuestra literatura; y conocido el sujeto analizarle con justa y severa crítica, para depurar la verdad y concederle ó negarle lo que en razón le toque.

Pedro Fernandez de Quirós, según he dicho en otra parte, (1) nació en Évora (Portugal), hácia el año de 1565, y fué criado en la *Rua-nova* de Lisboa, punto de reunión de aventureros y tratantes de mala ley, de quienes se separó para ejercer el cargo de escribano ó escribiente en buques de mercaderes, en cuyo desempeño adquirió los conocimientos náuticos que le elevaron al rango de piloto mayor de nave.

Ignórase cuándo empezó Quirós á navegar, aunque bien se sabe, que si había empezado ya los viajes en su juventud, sufrieron estos una interrupción en 1588 ó 1589, en que contrajo matrimonio con doña Ana Chacon, natural de Madrid, hija del licenciado Juan Quevedo de Miranda y de doña Ana Chacon de Miranda, la que al verificarse las bodas contaba unos 25 años de edad. De aquella unión hubieron á don Francisco de Quirós, el año de 1590, y á doña Jerónima de Alvarado en el de 1597, según se infiere de las informaciones presentadas el 24 de Marzo de 1615 ante la Casa de la Contratación de Sevilla, con motivo del último viaje de Quirós á las Indias; en cuya fecha contaban 25 y 18 años respectivamente sus hijos, 40 su esposa, y él «así como unos 50» de edad (2).

Poco despues de tener sucesión Quirós, se encontraba ya en el Perú, á donde acaso le acompañaría su familia, y así se deduce, de la fecha del nacimiento de su hija doña Jerónima, que contando diez y ocho años en 1615 hubo de nacer en la fecha ya citada de 1597 en que el escribano-marino iba por la mar de regreso de Filipinas; aunque el afirmar las informaciones que ambos hijos eran naturales de Madrid, hacen dudar sobre la exacta edad de la doña Jerónima ó sobre el preciso lugar de su nacimiento.

Pero si esto no está aun bien averiguado, consta indudablemente que Quirós, admitido por el adelantado Alvaro de Mendaña, descubridor de las islas de Salomon, para que, con el cargo de piloto mayor de su armada le acompañase á aquellas islas en el segundo viaje proyectado, cooperó eficazmente para que la tal armada, compuesta de cuatro buques, se alistase con la brevedad y precisión que acostumbraba en todas las empresas importantes el virey del Perú D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y conquistador de Chile.

Con tan poderosos auxilios pronto se aprestaron las naves, que, dejando el puerto del Callao de Lima á 9 de Abril de 1595, para proveerse en los inmediatos pueblos costeros de los bastimentos que necesitaban, se hicieron lugo á la mar en busca de las ignotas tierras de la region del Austro. Las primeras que los expedicionarios avistaron en los últimos días del mes de Julio fueron las islas del archipiélago de *Nouka-Hiva*, nombradas por Mendaña las *Marquesas de Mendoza*, en memoria de D. García Hurtado, y en Setiembre la de *Santa Cruz* situada á los 11° latitud meridional y al noroeste de las *Nuevas Hebridas*; en donde, las disidencias entre los navegantes y la insubordinación de los soldados, obligaron al Adelantado á hacer severas justicias, y las enfermedades endémicas, á que el mismo Mendaña y sus principales caudillos pagaron tributo, fueron causa de que los más díscolos, amedrentados y temerosos de ser víctimas del despiadado azote, se impusieron á la débil autoridad de doña Isabel Barreto, viuda del Adelantado, constituida en gobernadora, y la obligasen á dejar aquella inhospitalaria tierra y á trasladarse á las islas Filipinas.

Así lo verificaron en la nave capitana *San Jerónimo*, gobernada por el piloto mayor Fernandez de Quirós, quien la dirigió, tras larga y penosísi-

(1) En el Prólogo (pág. XLIX) del primer tomo de la *Historia del descubrimiento de las regiones AUSTRIALES*, hecho por el general Pedro Fernandez de Quirós, etc. y 1.º de la BIBLIOTECA HISPANO-ULTRAMARINA. Madrid 1876.

(2) *Informaciones presentadas por el capitán Pedro Fernandez de Quirós, para pasar á las Indias, con su mujer é hijos, y criados que se expresan, con el virey del Perú príncipe de Esquilache.*—(Archivo de Indias.)

ma navegacion, en la que todos tuvieron que sentir las consecuencias de los poco distinguidos modales de la doña Isabel, al puerto de Cavite, á donde llegaron los maltrechos expedicionarios el 11 de Febrero de 1596. Fueron en Manila recibidos con todas las consideraciones que su desgraciada situación reclamaba; á poco casó allí la viuda con don Fernando de Castro, primo del ex-gobernador Las-Mariñas, y si no pariente, compatriota al ménos del difunto Adelantado; y Quirós entregó bastante extensa, aunque no muy literaria, relación del suceso á don Antonio de Morga, gobernador del archipiélago, y por los buenos oficios de este excelente gobernante y no mediano escritor, se carenó y aprestóse brevemente la nao *San Jerónimo* para hacer viaje con los recién casados y con aquellos expedicionarios que no prefirieron quedarse en Manila. Empeñáronlo con rumbo á Acapulco, puerto de la costa occidental de la Nueva España, y en él surgió la nave á 11 de Diciembre de 1597; despidióse allí Quirós de doña Isabel Barreto, de la que no llevaba ciertamente muy agradables recuerdos; se fué al Perú con el propósito de proponer y realizar por su cuenta otras expediciones marítimas, y no hallando en el virey don Luis de Velasco tanto apoyo cuanto se prometía, por corresponder á la autoridad real la resolución de sus solicitudes, dirigióse á España en 17 de Abril de 1598. Desembarcó en Sanlúcar de Barrameda, á 25 de Febrero de 1600, y al enterarse de que aquel año era de Jubileo Santo, sin detenerse continuó su viaje á Roma; presentóse allí y expuso su demanda al embajador español, duque de Sesá, quien le proporcionó entrevistas y el apoyo escrito del Papa Clemente VIII, y con tan valiosa credencial, fácilmente obtuvo del piísimo rey Don Felipe III, en Marzo y Mayo de 1603, cédulas eficacísimas, que representaban tanto como los necesarios medios para llevar á cabo la pretendida empresa.

Temeroso aún de que se le malograra en cierne, ó de que se arrepintiesen en la corte de haberle concedido tanto, apresuróse á cumplimentar la voluntad régia; dirigióse á Cádiz, donde se embarcó en la flota que llevaba á la Nueva España á su virey el marqués de Montes Claros, y vencidas las penalidades de un naufragio y otras muchas por la falta de recursos, llegó á Lima en Marzo de 1605, entendiéndose con el virey, conde de Monterey, quien sin perder tiempo le aprestó tres navíos abastecidos para un año, y facilitó la suma y reunión de los expedicionarios que al mando del capitán portugués salieron del puerto del Callao á 21 de Diciembre del mismo 1605 en demanda de la poco explorada isla de Santa Cruz.

No pudo ó no supo Quirós, por más que lo intentó, tocar en aquella isla, ni en las de Salomon; y á los cinco meses de una navegacion tan contrariada por el inquieto elemento y la ignorancia de los rumbos que debían seguir, cuanto alterada por los expedicionarios ménos sufridos y más perturbadores, á los que no supo tampoco imponerse, mandó anclar en una isla, no conocida hasta entonces, que nombró la tierra del Espíritu Santo, en la que, en realidad nada de provecho hizo para colonizar; contentándose con disponer una fiesta religiosa para cumplir con el Pontífice y unos actos de posesión en nombre de España, verificados con tan extraño y ruidoso aparato, que si momentáneamente llamaron la atención de los indígenas, que recelosos evitaban entenderse con los invasores, satisfecha su curiosidad huyeron, temiendo y no sin fundamento los males que adivinaban y no podían ménos de originarse, de la torpe política usada por los expedicionarios. Las demasías de estos dieron pronto á comprender que no era tan escasa la razón de aquellos polinesios, y que al cabo resultaría estéril todo cuanto se intentase para realizar los ideales de Quirós. Empero éste, haciendo un supremo esfuerzo para llevar á sus gentes al reconocimiento de los territorios vecinos del descubierta, y para que por completo no se malograran sus propósitos, los animó á que le siguiesen; saliendo al efecto del puerto y bahía que denominó de San Felipe y Santiago á 8 de Junio de 1606. Pero como ni la pericia ni la buena fé abundaban en todos los expedicionarios, al dispersarse á poco las naves por un furioso temporal, que arrastró á la almirante lejos de la capitana, perdiéndose Quirós por pérdida, y temiendo que á esta le sucediese otro tanto, en cuyo caso quedarían del todo inútiles los esfuerzos y desembolsos hechos, y el rey sin noticias del descubrimiento, dispuso que el rumbo de su nave se dirigiese á la Nueva España, á donde despues de tres mortales meses de penosa navegacion por mares desconocidos y peligrosos, llegó y fué entregada el primer día de Enero de 1607 á los oficiales reales del ya nombrado puerto de Acapulco.

Admitida ha sido comunmente por las sociedades de todos los tiempos la máxima poco moral, que acepta por buenos los medios de cualquiera índole si un fin satisfactorio los justifica, y como el de la expedición de Quirós se tuviera generalmente por desgraciado, fueron numerosísimas las acusaciones que se le dirijieron desde que desembarcó y durante los seis largos meses que permaneció en México. Llegaron á tanto la indiferencia, los desprecios y el desden usados con el marino, así por autoridades como por los particulares, y á tanto el abandono, de todos que hasta le negaron los recursos necesarios para regresar á España, cuyo viaje no hubiese podido hacer sin la protección de un buen amigo que le proporcionó pasaje hasta Sanlúcar, donde vendió la cama de á bordo

derecho á esperar, y para lograrlo, ofrece todos los años una tribuna á los oradores más elocuentes de nuestro país. La fama que las conferencias celebradas en años anteriores alcanzaron, no caerá en el olvido. Este año, en el álbum de esas conferencias se ha escrito una primera página admirable. Esa página lleva la firma del Sr. Azcárate.

Cuando nos hablan del puritanismo político, recordamos á D. Gabriel Rodríguez; cuando nos hablan del hombre de escuela, enamorado de grandes ideales, ciego por ellos, grande hasta en sus extravíos, pero siempre noble, y constante, y enérgico, pensamos en el Sr. Azcárate. De él se ha dicho que está vaciado en el molde de los hombres de fé, de esos hombres que miran á la verdad sin telescopio para no descubrir en ella como en el sol mancha alguna, y es cierto.

Orador elocuente, no con la elocuencia que se aprende en la retórica y consiste en el refinamiento del estilo y en la grandeza de las imágenes, sino con la elocuencia irresistible que dan la fé y la convicción; talento superior cultivado con el constante estudio; sábio maestro; de carácter enérgico; de voluntad inquebrantable; de lógica severa que cuando replica machaquea, para el Sr. Azcárate no se ha hecho el idioma de los distingos y las mistificaciones, sino el lenguaje de la verdad, á la que rinde culto fervoroso.

Por eso en su conferencia combatía esa moralidad política que censura el desfalte y disculpa el escamoteo y la prestidigitación... de todos, por eso, censurando el periódico *La Europa*, pedía que se le rechazase, para que los franceses sepan que pueden mandarnos sus libros, sus inventos y sus titiriteros, pero no quien explote nuestras debilidades; por eso quierá la opinión pública que no prevaricase al dar sus juicios; por eso denunciaba la consecuencia que hay entre perseguir el juego y jugar á la lotería.

¡Lástima que estos males sean irremediables!
El Sr. Echegaray lo decía años hace en el Ateneo de Madrid:

«El Gobierno sorprende una casa de juego. Lleva á los jugadores á la cárcel. Blanquea el local. Y pone en la puerta de él este letrero:» «Administración de Loterías.»

**

Los fusionistas viven á prueba de desengaños, y la política á prueba de viajes de placer y comidas suculentas. Hasta ahora, un banquete servía para solemnizar un suceso feliz ó para anunciarle. Desde hoy, tanto como para esto podrá decirse, que un banquete sirve de sucursal del Parlamento, según vemos á los hombres políticos exponer sus programas de Gobierno, sus recuerdos, y sus esperanzas, en una sala, en cuya decoración se han cambiado los maceros por los pinches, la campanilla por un ramo, los pupitres por pepinillos, el *Diario de Sesiones* por el *Menú*, las tribunas por palcos, y los vasos de agua por copas de espumoso Champagne. Al discurso del marqués de la Vega de Armijo en Córdoba, ha respondido el del señor Balaguer en Barcelona, y ya se anuncia otro banquete en Sevilla para que el Sr. Romero Robledo, allí, á la vista de la Torre del Oro, rodeado de los húsares que lo soliciten, conteste á lo que han dicho del partido conservador-liberal sus adversarios, y prometa haber descubierto la inmortalidad del Gobierno actual. Si las redes telefónicas estuviesen establecidas en toda España, dos húsares distinguidos se encargarían de repetir el discurso, para que al mismo tiempo le conocieran en Barcelona y en Córdoba. ¿Le oirán en las dos ciudades de la misma manera? Creemos que no. Córdoba está más cerca de Sevilla que la capital de Cataluña.

El discurso del señor marqués de la Vega de Armijo, lleno de atenuación, es vacilante, incierto, no puede ser considerado como un acto político trascendente, porque nada hay en él que no sea resultado de ese sistema de unir lo inconciliable que ha valido privilegio de invención á los conservadores, y que pocas veces lleva á soluciones satisfactorias. El discurso del Sr. Balaguer, segunda edición aumentada del que este verano pronunció en Valencia, es una defensa enérgica del orden y del progreso, de la moralidad y de la justicia, de la instrucción y de la economía, que la libertad alcanzará siempre desde el poder para los pueblos y una condenación severa de esta política que reemplaza al antiguo despotismo de los reyes con el despotismo de los ministros. La unión del partido fusionista en la disciplina será un hecho; en las ideas las diferencias no pueden ser ni más notorias ni más profundas. En el porvenir de este partido se lee como en un libro abierto. O la armonía en las ideas se realiza pronto viniendo á confundirse todos los hombres que le forman en la fórmula «libertad sobre todo,» ó la división le romperá muy en breve. A la propaganda en las ideas responde siempre la confirmación en los hechos. Y conviene tener muy presente que al país, que le ha disgustado sobremanera el discurso del marqués de la Vega de Armijo, no le habría parecido mal que el Sr. Balaguer siguiera hablando.

Invitado á elegir entre estas dos fechas, 1869 y 1876, un periódico fusionista de gran importancia, contesta:

«Diremos á nuestros amigos, que representando nosotros la primera de las dos fechas, y no pudiendo la una figurar al lado de la otra, en lo demás no hay para qué decirlo.»

Víctor-Hugo ha dicho que en el Océano del progreso no existe el cabo *Non*.

En el Océano de irregularidades y contradicciones de la política conservadora, siempre se está frente al cabo de las Tormentas.

**

Un médico ilustre, el doctor Alonso y Rubio, catedrático de grandes merecimientos, autor de obras reputadas, un gran carácter y una laboriosidad incansable, ha presentado su dimisión de presidente de la facultad de Medicina de la real Cámara. La sociedad inecológica española le ha nombrado su presidente perpétuo, y pareciéndole esto poco para darle otra prueba más de lo mucho en que tiene su energía, le obsequió el domingo 31 de Octubre con una espléndida comida en el *restaurant* de los *Dos Cisnes*.

Asistieron á ella los hombres más notables de la medicina española; hubo animación extraordinaria; se pronunciaron á los postres muchos y muy intencionados y elocuentes brindis; y se habló de la cuestión de la facultad de medicina, de que tanto y con diversa intención se ha ocupado la prensa.

Examinando sin pasión de ninguna clase lo hasta ahora ocurrido, nóntanse dos cuestiones muy distintas, que solo incidentalmente se relacionan; una que afecta á las leyes vigentes en nuestro país, y otra que incumbe al carácter y modo de ser de la institución destinada á prestar el servicio facultativo á las personas reales.

La primera, planteada con toda claridad por *El Demócrata*, no la suscita el espíritu de nacionalidad, ni menos el amor propio, sino el abuso de la ley, que resulta de que un médico austriaco ejerza en nuestro país su profesión sin haber cumplido para ello las disposiciones vigentes. Esta es una ilegalidad y las ilegalidades no deben consentirse.

Pero no es esto sólo. La clase médica protesta contra la institución de la facultad de Medicina de la Real Cámara. Y la razón es sencilla. Esa institución, que en tiempos pasados respondía á un pensamiento perfecto, es científicamente defectuosa desde que se han abierto los grandes horizontes que á la ciencia de curar ofrecen hoy las especialidades. Los enciclopedistas han caído en desuso. El médico que antes pasaba por notable porque su talento abarcaba todos los extremos de la ciencia médica, es vencido, tratándose de una enfermedad de los ojos, en frente de un oculista mediano.

Los médicos piden que se disuelva la facultad de Medicina de la Real Cámara.
¡Que se disuelva!

**

Si no escribiese para LA AMÉRICA, obligado estaría, siendo justo, á inventariar en largo artículo las muchas bellezas que he encontrado, leyendo las *Tradiciones de Toledo*, del distinguido escritor don Eugenio de Olavarría y Huarte. Vosotros las habeis leído ya; habeis admirado en ellas, verdad en los cuadros, estilo correcto, interés dramático, riqueza de sentimiento, luz y color, y mis elogios ningún valor tendrían. Deciros que en el tomo *Tradiciones de Toledo* van incluidas algunas preciosas que vosotros no conoceis, es una noticia que os decidirá de fijo á comprarle.

Ni aún comprender en una gran síntesis todos los motivos de sus leyendas, á manera de fantasía, de recuerdos toledanos, nos permite el Sr. Olavarría y Huarte. Lo ha hecho él en el notable prólogo de su libro.

Leed algunos pasajes de este bello trabajo, y decidme si no hago bien en callar.

«Recostada como en blandos cojines, en siete cerros que cinge el Tajo con amor, Toledo, la amada de los godos, la virgen sarracena, cuya pérdida lamentaron tantas veces los poetas musulmanes, la querida de Carlos V, en cuyos viejos muros dejaron los siglos uno tras otro el sello de su gloria, duerme hoy el sueño del pasado.

Nada turba este sueño. Las aguas se deslizan silenciosas por la florida vega; las flores del recuerdo cierran su cáliz sobre las sombras de los desmoronados castillejos; las sombras de los que fueron, yacen en calma dentro de sus tumbas.

Sembradas en las faldas de sus cerros largas hileras de casuchas de varios colores y diferentes épocas, se alargan indefinidamente, retorciendo su cuerpo de serpiente cual si quisieran escalarlos para ascender hasta su cumbre y mirarse desde allí en la tranquila superficie del río, y en medio de ellas como flores en un prado de ortigas se alzan severos monumentos, mudos gigantes de granito que parecen lamentar la muerte de las edades que los dejaron tras sí como muestra de su valer; torreones derruidos en cuyas grietas crece el musgo; templos suntuosos que guardan, escrita en piedra, la creación del siglo en que nacieron, y palacios que sonaban ayer con los himnos de la grandeza y hoy repiten el canto del buho que anida en sus almenas desportilladas.

Y cuando estas figuras aparecen irguiéndose sobre las ruinas y los escombros, la luna oculta su luz tras negras nubes, las nieblas se espesan más y más, y los pájaros de la noche dejan oír sus estridentes graznidos que forman una orquesta desahogada y horrible cuyos fatídicos ecos se estrellan con furor entre las peñas que domina el Tajo. El espacio parece lleno de fantasmas, el aire vuela cargado de suspiros como choque de ramas en el árbol movido por el huracán.»

Abierto el árbol de los elogios justos, no quiero cerrarle sin escribir en una de sus páginas otro libro y otro nombre. Este libro se titula *Cosas del Mundo*; el autor se llama Flores García.

Cosas del Mundo es una colección de ingeniosas narraciones, en las que desde luego se echan de ver notablemente mejoradas todas las condiciones que hasta ahora la crítica ha encontrado en el Sr. Flores García; estilo fácil y brillante en ocasiones, originalidad de pensamiento, y grandes aptitudes para cultivar con éxito la novela.

Para Flores García, como para Olavarría y Huarte, la crítica, más que muchos consejos, tiene una palabra. Esta, Adelante.

**

Si por la escena de nuestros teatros no pudieran pasar pidiendo aplausos, como Ofelia cogiendo flores, más obras que aquellas en que se discuten como en un Ateneo cuestiones trascendentísimas, ó se hace la propaganda de la Necrópolis, ó se arregla un enredo parecido á aquel de las novelas que á Jerónimo Paturot como modelo les mostraban, la comedia de D. José Marco, *¿Se puede?* no merecería el éxito con que el público la ha recibido.

Pero el arte no está encerrado en tan estrechos límites. Sus horizontes son más dilatados y hermosos. Al lado de la elegía nos enseña el epigrama, y junto al madrigal la epopeya. Su misión es deleitar. Si produce mayor efecto sonríe gozoso como quien encuentra una fortuna inesperada. Si de entretener agradablemente no pasa, descansa con la satisfacción del que sabe que ha cumplido bien con sus deberes.

Es la comedia como artístico y acabado cuadro donde vicios, preocupaciones, errores, defectos y modo de ser de una sociedad, aparecen con sus verdaderos colores retratados fielmente. No es raro, pues, que el público guste mucho de ella. Se mira en la comedia como la mujer en un espejo para enmendar los defectos del traje ó apesadumbrarse por la escasa belleza. Han seguido algunos autores, al cultivar este género, aquel sistema que consiste en ridiculizar el vicio para que al verle tal como es, el espectador, avergonzado de darle asilo, le destierre; creyeron más acertado otros enaltecer la virtud para hacerla amable; y abundan mucho los que, especulando con las debilidades humanas, las presentan exagerándolas, sin otro afán que alcanzar por todo aplauso una carcajada.

Estos hacen del teatro una exposición de caricaturas; los segundos una cátedra de moral; los primeros, siguiendo la senda que entre nosotros Moratin y Breton recorrieron con aplauso, una fotografía de la sociedad iluminada por el arte.

A figurar entre esta clase de fotógrafos se ha dedicado siempre el Sr. Marco. El argumento de su última obra es tan frágil, que el vienteccillo sutil de la crítica bastaría para romperle. ¿Pero cuánto ingenio no ha necesitado el Sr. Marco para que así y todo *¿Se puede?* sea una comedia bellísima?

Ha necesitado retratar los personajes de un modo que semeja mucho al de Breton; ha necesitado multiplicar las situaciones cómicas y que los chistes salten á cada momento del animado y primoroso diálogo; ha necesitado ser un autor dramático que conoce los secretos de la escena y el más escondido secreto de interesar al público.

Poresta vez la modestia ha triunfado. El Sr. Marco preguntó: *¿Se puede?* y el público, aplaudiendo responde todas las noches: «Sí, señor.»

**

En el teatro Real se ha estrenado, con mediano éxito, *El Guarani*, una ópera en que abundan los salvajes y las insurrecciones; pero todas las noches que hay función se sigue ensayando la ópera de gran ruido *El Escándalo*, en la que toman parte todos los espectadores, y desempeña el papel de protagonista el público que se sienta en el paraiso.

La manzana de este paraiso debe ser la de la discordia.

El arrendamiento ahoga al empresario, el empresario quiere, como es justo, desahogarse con el público, y de aquí todas las cuestiones y todas las protestas contra una compañía al igual de las mejores de Europa, y contra una empresa que se sacrifica por alcanzar aplauso.

Paso á la crítica y abajo las animosidades!
Si la que se llama cuestión del Real sigue, Cánovas va á tener envidia á Rovira.

**

Hemos visto cruzar por la escena española, tardando en ello cerca de una semana, prueba de que no andaba muy de prisa, aquel famoso Don Juan Tenorio, cuya visita en día de difuntos es obligada, y cuya fortuna consiste en ser á un mismo tiempo valeroso y valiente, terrible y compasivo, burlador y enamorado, crédulo y ateo.

A un estudiante le preguntaban examinándole de literatura española:

—¿Por qué es *Don Juan Tenorio* un drama religioso?

—Porque enseña que se deben robar monjas y matar comendadores para ir al cielo.

MIGUEL MOYA.

